

Historiografía mexicana

Historias de vencedores y vencidos

El relato de la conquista americana¹ se ha caracterizado por levantar encendidas polémicas debido a sus implicaciones político-ideológicas. En los países de América Latina se generalizó desde comienzos del siglo XIX el discurso historiográfico del rechazo de lo hispano y el rescate de ciertos símbolos de las culturas prehispánicas con la intención de apoyar la construcción de sus identidades nacionales propias. Al entender que los procesos de colonización habían hipotecado su desarrollo integral, los hechos de la conquista se convirtieron en una excelente diana donde dirigir sus dardos.

En España, la conquista de América también ha sido utilizada como arma arrojadiza para defender o atacar su proyecto de nación. Para unos, con ella se demostraba la importante labor civilizadora y evangelizadora realizada sobre las culturas aborígenes americanas del Nuevo Mundo. Para otros, representaba el centralismo y las técnicas opresivas de un régimen colonial autoritario no deseado. También ha sido un recurso habitual de la historiografía anglosajona y francesa para desacreditar la imagen de España en los escenarios internacionales cuando la coyuntura política así lo aconsejaba.

Estas enconadas peleas entre liberales y conservadores, lascasianos e hispanistas, «españoles» y «extranjeros», han dificultado el diálogo y con ello han retrasado el hallazgo de una solución para los problemas de América Latina.

A escasos años de los festejos conmemorativos de 1992, el lector español dispone de una amplia oferta de libros en castellano sobre el tema de la conquista americana. Sin embargo, hay que subrayar que ahora no se dan la distinción y correspondencia tan claras entre autores e interpretaciones de antaño. Sirvan de ejemplo los libros que se comentan.

¹ Hugh Thomas, *La conquista de México*, Planeta (Barcelona, 1994), 896 páginas. Eduardo Subirats, *El continente vacío. La conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*, Anaya & Mario Muchnik (Madrid, 1994), 525 páginas.

El prestigiado historiador inglés Hugh Thomas, actual asesor del departamento de investigación del Partido Conservador británico, era conocido por sus trabajos relacionados con la historia del siglo XX [*La guerra civil española* (1961), *Cuba: la lucha por la libertad* (1971)]. Sin embargo, ahora nos sorprende con la publicación de un voluminoso trabajo sobre la conquista de México. Lo primero que nos llama la atención es lo clásico de sus planteamientos. Es un trabajo de historia descriptiva, en el que se narran los hechos de armas y se dibujan con minuciosidad los paisajes por los que discurren los ejércitos, junto con sus aventuras y desventuras. Todo ello, desde la perspectiva del ensalzamiento de la figura de Cortés, quien es visto como «el héroe»: caudillo formidable, orador magnífico, frío estratega, experto amante, político calculador y comprensivo militar, que trató de impedir el derramamiento de sangre (se dice que las matanzas las cometieron los tlaxcaltecas en contra de la voluntad de Cortés).

Es quizás un libro que al lector no especializado le sobrepasa por su dimensión y que al historiador profesional le crea ciertas insatisfacciones. Hugh Thomas establece algunas valoraciones eurocéntricas gratuitas con respecto a ciertas costumbres de la cultura náhuatl; no incluye la excelente bibliografía que en los últimos años se ha generado acerca del período mexica (INAH, UNAM), por lo que se deslizan ciertas inexactitudes sobre su interpretación del tributo y el uso del dinero en el México prehispánico (p. 57); afirma que «la filosofía que alimentaba a los descubrimientos, la emigración y la colonización era el cristianismo» (p. 87), lo cual entra en contradicción con su propio relato centrado en la fama, la riqueza y el poder de los conquistadores; y se llega, por ejemplo, a afirmar que «Moc-tezuma se enamoró de sus capturadores y sobre todo de Cortés. Debido a este cariño, dio la impresión de ser cobarde» (p. 453). Probablemente, se refiera al síndrome de Estocolmo, o quizás sea un problema de traducción, pero lo cierto es que no es una frase acertada (¿quiere llamar homosexual al tlatoani?, ¿con qué propósito?).

La obra, sin lugar a dudas importante, tiene la desventaja de poder ser interpretada como un canto a la conquista, e indudablemente servirá para que aquellos que ven los mismos sucesos desde distintas ópticas nacionalistas, desentierren el hacha de guerra.

El texto de Eduardo Subirats es el opuesto al de Hugh Thomas. Desarrolla la tesis de que la construcción del proceso colonial americano presupuso la destrucción de las formas de vida indígenas, la eliminación de su autonomía existencial, personal y comunitaria, y la instauración de un sistema de dependencia, tanto individual como colectivo. Subirats trata de demostrar el fracaso del proyecto integrador de la modernidad y se plantea la necesidad de reconstruir la racionalidad del proceso civilizador

moderno. Para ello analiza los efectos de la expansión colonial sobre las formas de vida de los pueblos americanos, así como el proceso constructivo de las nuevas identidades. Sostiene que la solución de las desigualdades actuales no se basa en la integración del indio como menor de edad o en su desindianización, sino en el respeto al otro en vez de su vaciamiento, su degradación.

El libro tiene indudables aciertos, pero debido a que el autor no evita en ningún momento realizar afirmaciones categóricas negativas sobre el papel «civilizador» de España, provocará en el lector no especializado una cierta perplejidad y en los especialistas, el enrocamiento en sus posturas tradicionales. Por ejemplo, se llega a decir que «el sacerdote cristiano fue la figura funcionalmente encargada de la definición programática del indio como ser miserable y servil, diabólico y demente» (p. 112) o que la colonización conceptuó al indio «como sujeto de culto diabólico, ser carente de memoria histórica y existente en estado de naturaleza y, por consiguiente, servil y miserable» (p. 111).

Sin duda, se podría estar de acuerdo en que la colonización necesitara del vaciamiento de América (la destrucción de las formas de vida indígenas), pero este tipo de generalización encierra cierto peligro, ya que siempre será posible encontrar algún ejemplo que la desmienta, al menos parcialmente. Tal sería el caso de Sahagún o Vasco de Quiroga, conocidos y trabajados por el propio autor. El segundo no sólo no etiquetó de miserables a los indios, sino que llegó a enfrentar, a mediados del siglo XVI, la noción de la decadencia del Viejo Mundo cristiano con la edad de oro del mundo indígena, y a defender, influido por Moro, la construcción de una Utopía basada en el desarrollo de una sociedad «mixta» sin tensiones. Por lo que respecta a la posición que la Corona desarrolló en relación con el indio, hay que recordar que tampoco le interesaba su degradación total, puesto que precisaba de su colaboración como tributario y mano de obra para que funcionara la arquitectura colonial. Baste evocar que la Corona estaba interesada en la defensa del indio, entre otras cosas, para reducir la posición de autonomía política que habían alcanzado los conquistadores.

A la luz de ambos textos, parece claro que mientras nos sigamos empeñando en contar historias de vencedores y vencidos, en blanco y negro, será difícil construir una sociedad plural, justa, basada en el respeto mutuo de todas las culturas.

México frente al umbral del siglo XXI

El presente libro, *México frente al umbral del siglo XXI*², reúne las ponencias que se presentaron en el Seminario Internacional «México

² Manuel Alcántara y Antonia Martínez (Comps.), México frente al umbral del siglo XXI. Reformas económicas y democratización política, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1992 (301 pp.).

frente al umbral del siglo XXI. Reformas económicas y democratización política» que tuvo lugar del 10 al 13 de diciembre de 1991 en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. El seminario, al que asistieron destacados investigadores españoles y mexicanos, tuvo por objeto reflexionar sobre la actualidad mexicana al mismo tiempo que ampliar el conocimiento de la situación latinoamericana entre el público español.

Manuel Alcántara subraya en la introducción al volumen que durante décadas México, por su estabilidad política, había aparecido como un caso paradigmático en el contexto latinoamericano. Sin embargo, cuando la crisis de la deuda se hizo presente en México, se comprobó con amargura que la reestructuración económica que había golpeado a otros países del continente en la década de los setenta como un freno al crecimiento, llegaba con todos sus bríos al poderoso país ubicado al sur de los Estados Unidos y al norte de América Latina. La crisis económica desembocó en crisis fiscal y ésta aceleró el proceso de desmoronamiento de las estructuras políticas. De esta forma, comenzó a hacerse patente la necesidad de la reforma del Estado y por tanto de la democratización de los mecanismos internos de legitimación y representación.

Todo ello es objeto de análisis en los diversos artículos que se recogen en el libro y que en su día fueron fruto de interesantes discusiones. Los trabajos de la primera parte (Manuel Alcántara y Lorenzo Meyer) proporcionan las claves para entender las bases del sistema mexicano. En la segunda, se recogen diversos análisis sobre las reformas económicas, su contenido, implicaciones y límites (Jorge Alcocer, Carlos Elizondo, Jesús Silva-Herzog, Ludolfo Paramio, Blanca Heredia, Mónica Serrano). La tercera parte tiene como tema central la democracia (Luis Javier Garrido, José Woldenberg, Fernando Escalante, Santiago Míguez González, Mauricio Merino). La última sección, a modo de conclusión, reúne los trabajos de Ismael Crespo, Antonia Martínez y Lorenzo Meyer, en los que se reflexiona acerca de la transición mexicana. Como material de referencia se incluyen en un apéndice los indicadores políticos y económicos más importantes de la última década.

El libro profundiza, así, sobre los procesos políticos de transición o consolidación democrática. Se trata de una obra que ocupa un lugar importante en la literatura de las ciencias sociales sobre América Latina por múltiples razones. Por un lado, rompe con la tendencia general de las publicaciones españolas sobre América Latina aparecidas con motivo de la celebración del 92, centradas básicamente en la descripción de los procesos del descubrimiento y conquista del continente. Por otro lado, supone una orientación integral en la que se ofrece tanto una dinámica histórica,